

Índice

1 Viñeta a comentar: no lo gastes en droga.....	1
2 Video:«Irse el santo al cielo».....	1
3 Chistes.....	1
4 Cuentos Cortos:Mario Benedetti (1920 - 2009):.....	2
4.1) “El Otro Yo” (Publicado en: La muerte y otras sorpresas, 1968).....	3
4.2) ”Corazonada” (Publicado en Montevideanos, 1959).....	3
5 Cecilia (1948-1976) “Mi querida España”.....	5

1 Viñeta a comentar: no lo gastes en droga



2 Video:«Irse el santo al cielo»



«Irse el santo al cielo»: es una expresión que se usa cuando queremos expresar que se nos ha olvidado algo o nos hemos demorado.
Origen etimológico: en los siglos XVI y XVII cuando la religión era el centro del universo y de las sociedades, si la persona se distraía durante la oración o perdía la concentración, se decía que "el santo se había ido al cielo", aludiendo a la desconexión entre el pensamiento y la acción.»

3 Chistes

1. El pequeño David está ante un gran plato de sopa humeante y le dice muy serio a su madre:
—De acuerdo, me la tomaré... ¡pero a condición de que jamás le des la receta a mi futura esposa!
2. Un chico le pregunta a su amigo:
—¿Sabes qué significa «why» en inglés?
—¿Por qué? —le responde el amigo.
—¡Por nada, solo era por saberlo!

3. —¡Hoy me he cruzado con tu marido en el centro, pero él no me ha visto!
—Sí, ya lo sé... ¡Me lo ha dicho él!
4. Un señor va al dentista y le dice:
—Doctor, tengo los dientes muy amarillos, ¿qué puedo hacer para resolver el problema?
El dentista reflexiona sobre el asunto y por fin dice:
—¿Por qué no prueba a ponerse una corbata amarilla?
5. —Doctor, doctor, ayúdeme... ¡La rodilla me duele mucho cuando me la toco!
—¡Pues haga usted el favor de no tocársela y asunto arreglado!
6. Mamá osa y su osezno se topan con un esquimal que avanza por una gran extensión helada pertrechado con unas raquetas de nieve.
El osezno observa al esquimal, se relame contento y le dice a su madre:
—¡Mira, mamá, la merienda de hoy incluye dos raquetas de regalo!
7. Dos famosos científicos están examinando los resultados de sus investigaciones ante la pantalla de un potentísimo ordenador.
—Después de siete años de trabajo —dice uno de ellos—, tenemos todas las respuestas que buscábamos... ¡El problema es que ya no nos acordamos de las preguntas!
8. Un joven está de pie en una esquina, sin duda esperando a alguien. De pronto se acerca una chica vestida de novia que lo saluda sonriente...
Y él, un poco desconcertado, le dice:
—Pero... Cecilia..., ¿no te parece que vas un poco demasiado deprisa? ¡Esta es nuestra primera cita!
9. Cuando el señor Pacheco llega a casa, lo recibe su hijo Pablo, lo saluda afectuosamente y lo ayuda a quitarse la chaqueta.
—Te voy a traer las zapatillas —le dice el chico, la mar de amable y sonriente— y te encenderé el televisor.
—Ya veo... —dice entonces el señor Pacheco—. ¡Está claro que hoy te han dado las notas!
10. Después de haber examinado detenidamente al paciente, el doctor le dice:
—No hay ningún motivo de alarma. ¡Su fiebre no me preocupa en absoluto!
—Ya me lo imagino, doctor —le responde con rapidez el paciente—. ¡A mí tampoco me preocuparía en absoluto si fuera usted quien la tuviese!
11. Suena el timbre. La madre de Pablo abre la puerta y aparece un niño totalmente cubierto de barro, polvo y hierbajos.
—Si eres Pablo —dice la mamá—, ya estás yendo inmediatamente a la ducha. Si eres Mario, ¡tu casa es la de aquí al lado!
12. Esa noche, el señor Despitez llega a su casa más tarde de lo habitual. Su esposa, que aún está levantada esperándolo, le dice:
—Pero ¿tú sabes qué hora es?
—Sí, la hora la sé —responde el hombre—. Lo que yo quisiera saber es ¡en qué día de la semana estamos!
13. Un chico con una barba larga y muy poblada acude a la consulta del dentista. El doctor le hace sentar en el sillón y le dice:
—Muy bien, ahora abra la boca.
—¡Pero si ya la tengo abierta hace rato!
14. Mamá le explica al pequeño Pedro:
—¡No, cariño! El Ratoncito Pérez solo te traerá un regalo si pones tus dientes bajo la almohada. ¡La dentadura del abuelo no vale!

4 Cuentos Cortos: Mario Benedetti (1920 - 2009):



B Biografías y Vidas
LA ENCICLOPEDIA BIOGRÁFICA EN LÍNEA

Escritor uruguayo. Mario Benedetti fue un destacado poeta, novelista, dramaturgo, cuentista y crítico, y la figura más relevante de la literatura uruguaya de la segunda mitad del siglo XX y uno de los grandes nombres del Boom de la literatura hispanoamericana.

4.1) “El Otro Yo” (Publicado en: La muerte y otras sorpresas, 1968)



Se trataba de un muchacho corriente: en los pantalones se le formaban rodilleras, leía historietas, hacía ruido cuando comía, se metía los dedos a la nariz, roncaba en la siesta, se llamaba Armando. Corriente en todo menos en una cosa: tenía Otro Yo.

El Otro Yo usaba cierta poesía en la mirada, se enamoraba de las actrices, mentía cautelosamente, se emocionaba en los atardeceres. Al muchacho le preocupaba mucho su Otro Yo y le hacía sentirse incómodo frente a sus amigos. Por otra parte, el Otro Yo era melancólico, y debido a ello, Armando no podía ser tan vulgar como era su deseo.

Una tarde Armando llegó cansado del trabajo, se quitó los zapatos, movió lentamente los dedos de los pies y encendió la radio. En la radio estaba Mozart, pero el muchacho se durmió. Cuando despertó el Otro Yo lloraba con desconsuelo. En el primer momento, el muchacho no supo qué hacer, pero después se rehízo e insultó concienzudamente al Otro Yo. Éste no dijo nada, pero a la mañana siguiente se había suicidado.

Al principio la muerte del Otro Yo fue un rudo golpe para el pobre Armando, pero enseguida pensó que ahora sí podría ser íntegramente vulgar. Ese pensamiento lo reconfortó.

Sólo llevaba cinco días de luto, cuando salió a la calle con el propósito de lucir su nueva y completa vulgaridad. Desde lejos vio que se acercaban sus amigos. Eso le llenó de felicidad e inmediatamente estalló en risotadas. Sin embargo, cuando pasaron junto a él, ellos no notaron su presencia. Para peor de males, el muchacho alcanzó a escuchar que comentaban: «Pobre Armando. Y pensar que parecía tan fuerte, tan saludable».

El muchacho no tuvo más remedio que dejar de reír y, al mismo tiempo, sintió a la altura del esternón un ahogo que se parecía bastante a la nostalgia. Pero no pudo sentir auténtica melancolía, porque toda la melancolía se la había llevado el Otro Yo.

4.2) “Corazonada” (Publicado en Montevideanos, 1959).



Apreté dos veces el timbre y en seguida supe que me iba a quedar. Heredé de mi padre, que en paz descansa, estas corazonadas. La puerta tenía un gran barrote de bronce y pensé que iba a ser bravo sacarle lustre. Después abrieron y me atendió la ex, la que se iba. Tenía cara de caballo y cofia y delantal. «Vengo por el aviso», dije. «Ya lo sé», gruñó ella y me dejó en el zaguán, mirando las baldosas. Estudié las paredes y los zócalos, la araña de ocho bombitas y una especie de cancel.

Después vino la señora, impresionante. Sonrió como una Virgen, pero sólo como. «Buenos días». «¿Su nombre?». «Celia». «¿Celia qué?». «Celia Ramos». Me barrió de una mirada. La pipeta. «¿Referencias?». Dije tartamudeando la primera estrofa: «Familia Suárez, Maldonado 1346, teléfono 90948. Familia Borrello, Gabriel Pereira 3252, teléfono 413723. Escribano Perrone, Larrañaga 3362, sin teléfono». Ningún gesto. «¿Motivos del cese?». Segunda estrofa, más tranquila: «En el primer caso, mala comida. En el segundo, el hijo mayor. En el tercero, trabajo de mula». «Aquí», dijo ella, «hay bastante que hacer». «Me lo imagino». «Pero hay otra muchacha, y además mi hija y yo ayudamos». «Sí señora». Me estudió de nuevo. Por primera vez me di cuenta que de tanto en tanto parpadeo. «¿Edad?». «Diecinueve». «¿Tenés novio?». «Tenía». Subió las cejas. Aclaré por las dudas: «Un atrevido. Nos peleamos por eso». La Vieja sonrió sin entregarse. «Así me gusta. Quiero mucho juicio. Tengo un hijo mozo, así que nada de sonrisitas ni de mover el trasero». Mucho juicio, mi especialidad. Sí, señora. «En casa y fuera de casa. No tolero porquerías. Y nada de hijos naturales, ¿estamos?». «Sí señora». ¡Ula Marula! Después de los tres primeros días me resigné a soportarla. Con todo, bastaba una miradita de sus ojos saltones para que se me pusieran los nervios de punta. Es que la vieja parecía verle a una hasta el hígado. No así la hija, Estercita, veinticuatro años, una pituca de ocaí y rumi que me trataba como a otro mueble y estaba muy poco en la casa. Y menos todavía el patrón, don Celso, un bagre con lentes, más callado que el cine mudo, con cara de malandra y ropas de Yriart, a quien alguna vez encontré mirándome los senos por encima de Acción. En cambio el joven Tito, de veinte, no precisaba la excusa del diario para investigarme como cosa suya. Juro que obedecí a la Señora en eso de no mover el trasero con malas intenciones. Reconozco que el mío ha andado un poco dislocado, pero la verdad es que se mueve de moto propia. Me han dicho que en Buenos Aires hay un doctor japonés que arregla eso, pero mientras tanto no es posible sofocar mi naturaleza. O sea que el muchacho se impresionó. Primero se le iban los ojos, después me atropellaba en el corredor del fondo. De modo que por

obediencia a la Señora, y también, no voy a negarlo, pormigo misma, lo tuve que frenar unas diecisiete veces, pero cuidándome de no parecer demasiado asquerosa. Yo me entiendo. En cuanto al trabajo, la gran siete. «Hay otra muchacha» había dicho la Vieja. Es decir, había. A mediados de mes ya estaba solita para todo rubro. «Yo y mi hija ayudamos», había agregado. A ensuciar los platos, cómo no. A quién va a ayudar la vieja, vamos, con esa bruta panza de tres papadas y esa metida con los episodios. Que a mí me gustase Isolina o la Burgueño, vaya y pase y ni así, pero que a ella, que se las tira de avispada y lee Selecciones y Lifenespañol, no me lo explico ni me lo explicaré. A quién va a ayudar la niña Estercita, que se pasa reventándose los granos, jugando al tenis en Carrasco y desparramando fichas en el Parque Hotel. Yo salgo a mi padre en las corazonadas, de modo que cuando el tres de junio (fue San Cono bendito) cayó en mis manos esa foto en que Estercita se está bañando en cueros con el menor de los Gómez Taibo en no sé qué arroyo ni a mí qué me importa, en seguida la guardé porque nunca se sabe. ¡A quién van ayudar! Todo el trabajo para mí y aguante piola. ¿Qué tiene entonces de raro que cuando Tito (el joven Tito, bah) se puso de ojos vidriosos y cada día más ligero de manos, yo le haya aplicado el sosegate y que habláramos claro? Le dije con todas las letras que yo con ésas no iba, que el único tesoro que tenemos los pobres es la honradez y basta. Él se rió muy canchero y había empezado a decirme: «Ya verás, putita», cuando apareció la señora y nos miró como a cadáveres. El idiota bajó los ojos y mutis por el foro. La Vieja puso entonces cara de al fin solos y me encajó bruta trompada en la oreja, en tanto que me trataba de comunista y de ramera. Yo le dije: «Usted a mí no me pega, ¿sabe?» y allí nomás demostró lo contrario. Peor para ella. Fue ese segundo golpe el que cambió mi vida. Me callé la boca pero se la guardé. A la noche le dije que a fin de mes me iba. Estábamos a veintitrés y yo precisaba como el pan esos siete días. Sabía que don Celso tenía guardado un papel gris en el cajón del medio de su escritorio. Yo lo había leído, porque nunca se sabe. El veintiocho a las dos de la tarde, sólo quedamos en la casa la niña Estercita y yo. Ella se fue a sestar y yo a buscar el papel gris. Era una carta de un tal Urquiza en la que le decía a mi patrón frases como ésta: «Xx xxx x xx xxxx xxx xx xxxxx».

La guardé en el mismo sobre que la foto y el treinta me fui a una pensión decente y barata de la calle Washington. A nadie le di mis señas, pero a un amigo de Tito no pude negárselas. La espera duró tres días. Tito apareció una noche y yo lo recibí delante de doña Cata, que desde hace unos años dirige la pensión. Él se disculpó, trajo bombones y pidió autorización para volver. No se la di. En lo que estuve bien porque desde entonces no faltó una noche. Fuimos a menudo al cine y hasta me quiso arrastrar al Parque, pero yo le apliqué el tratamiento del pudor. Una tarde quiso averiguar directamente qué era lo que yo pretendía. Allí tuve una corazonada: «No pretendo nada, porque lo que yo querría no puedo pretenderlo».

Como ésta era la primera cosa amable que oía de mis labios se conmovió bastante, lo suficiente para meter la pata. «¿Por qué?», dijo a gritos, «si ése es el motivo, te prometo que...». Entonces como si él hubiera dicho lo que no dijo, le pregunté: «Vos sí... pero ¿y tu familia?». «Mi familia soy yo», dijo el pobrecito.

Después de esa compadrada siguió viniendo y con él llegaban flores, caramelos, revistas. Pero yo no cambié. Y él lo sabía. Una tarde entró tan pálido que hasta doña Cata hizo un comentario. No era para menos. Se lo había dicho al padre. Don Celso había contestado: «Lo que faltaba». Pero después se ablandó. Un tipo pierna. Estercita se rió como dos años, pero a mí qué me importa. En cambio la Vieja se puso verde. A Tito lo trató de idiota, a don Celso de cero a la izquierda, a Estercita de inmoral y tarada. Después dijo que nunca, nunca, nunca. Estuvo como tres horas diciendo nunca. «Está como loca», dijo el Tito, «no sé qué hacer». Pero yo sí sabía. Los sábados la Vieja está siempre sola, porque don Celso se va a Punta del Este, Estercita juega al tenis y Tito sale con su barrita de La Vascongada. O sea que a las siete me fui a un monedero y llamé al nueve siete cero tres ocho. «Hola», dijo ella. La misma voz gangosa, impresionante. Estaría con su salto de cama verde, la cara embadurnada, la toalla como turbante en la cabeza. «Habla Celia», y antes de que colgara: «No corte, señora, le interesa». Del otro lado no dijeron ni mu. Pero escuchaban. Entonces le pregunté si estaba enterada de una carta de papel gris que don Celso guardaba en su escritorio. Silencio. «Bueno, la tengo yo». Después le pregunté si conocía una foto en que la niña Estercita aparecía bañándose con el menor de los Gómez Taibo. Un minuto de silencio. «Bueno, también la tengo yo». Esperé por las dudas, pero nada. Entonces dije: «Piénselo, señora» y corté. Fui yo la que corté, no ella. Se habrá quedado mascando su bronca con la cara embadurnada y la toalla en la cabeza. Bien hecho. A la semana llegó el Tito radiante, y desde la puerta gritó: «¡La vieja afloja! ¡La vieja afloja!». Claro que afloja. Estuve por dar los hurras, pero con la emoción dejé que me besara. «No se opone pero exige que no vengas a casa». ¿Exige? ¡las cosas que hay que oír! Bueno, el veinticinco nos casamos (hoy hace dos meses), sin cura pero con juez, en la mayor intimidación. Don Celso aportó un chequecito de mil y Estercita

me mandó un telegrama que —está mal que lo diga— me hizo pensar a fondo: «No creas que salís ganando. Abrazos, Ester».

En realidad, todo esto me vino a la memoria, porque ayer me encontré en la tienda con la Vieja. Estuvimos codo con codo, revolviendo saldos. De pronto me miró de refilón desde abajo del velo. Yo me hice cargo. Tenía dos caminos: o ignorarme o ponerme en vereda.

Creo que prefirió el segundo y para humillarme me trató de usted. «¿Qué tal, cómo le va?». Entonces tuve una corazonada y agarrándome fuerte del paraguas de nailon, le contesté tranquila: «Yo bien, ¿y usted, mamá?». (1955).

5 Cecilia (1948-1976) "Mi querida España"

«Mi querida España» es el título de una canción compuesta de la cantautora española Cecilia, publicada en 1975 e incluida en su álbum de estudio Un ramito de violetas.

Calificada como una de las canciones básicas de la historia musical de España de la década de 1970 e incluso icono de la música del país. Se trata de una crítica soterrada a la situación sociopolítica de la España del momento, en las postrimerías de la dictadura franquista.

La letra del tema fue objeto de censura por las autoridades de la época, de forma que la referencia a Esta España mía, esta España nuestra era originalmente a Esta España viva, esta España muerta

Su carrera musical fue corta, pero consiguió gran popularidad con el tema «Dama» que consiguió el éxito en España en la década de los años 1970. Murió en un accidente automovilístico a los veintisiete años de edad.



Cecilia "Mi querida España"

Mi querida España
Esta España viva,
Esta España muerta
De tu santa siesta
Ahora te despiertan
Versos de poetas
¿dónde están tus ojos?
¿dónde están tus manos?
¿dónde tu cabeza?

Mi querida España
Esta España mía,
Esta España nuestra

Mi querida España
Esta España en dudas,
Esta España cierta
De las alas quietas
De las vendas negras
Sobre carne abierta
¿Quién pasó tu hambre?
¿Quién bebió tu sangre
Cuando estabas seca?

Mi querida España
Esta España mía,
Esta España nuestra

Mi querida España
Esta España blanca,
Esta España negra
Pueblo de palabra
Y de piel amarga
Dulce tu promesa
Quiero ser tu tierra
Quiero ser tu hierba
Cuando yo me muera

Mi querida España
Esta España mía,
Esta España nuestra



[Un ramito de violetas - Cecilia](#)